





# UNDERWOOD

PRIMER PREMIO DE LA EXPOSICION DE SAN FRANCISCO

No compre Ud. máquina de escribir sin haber antes visto la

# UNDERWOOD

## Gran Fábrica y Almacén de Muebles de Jorge Morales Bejarano

Unico que hace ventas  
en las condiciones más ventajosas para el cliente

### MUEBLES A PLAZOS

## OFICINA CENTRAL EN SAN JOSE

SASTRERIA  
S. SCAGLIETTI Y SOBRINOS  
donde se viste lo más chic de nuestra sociedad  
Entre el Correo y Felipe J. Alvarado

SASTRERIA INGLESA  
DE  
I. ALLEYNE BELGRAVE  
ESPECIALIDAD EN TRAJES DE ETIQUETA  
— CALLE CENTRAL SUR —

GABINETE OPTICO  
del  
Dr. M. H. SALAS  
EXAMENES DE LA VISTA  
Lentes y aros  
Entre Scaglietti y Sobrinos y Felipe J. Alvarado

Dr. OCTAVIO CORTÉS  
Médico Cirujano  
PUERTO LIMON, C. R.  
ofrece al público sus servicios profesionales a toda  
hora del día y de la noche.  
Tratamiento especial de enfermedades venéreas  
en hombres y mujeres.  
Especialidad en enfermedades tropicales  
OFICINA:  
Casa de ladrillo de don F. J. Alvarado, de 7 a 9 a. m.  
HORAS DE CONSULTA:  
En Limón: de 7 a 9 p. m.—En Siquirres: de 11 a. m. a 2 p. m.

Dr. OCTAVIO CORTÉS  
Physician and Surgeon  
PORT LIMON, C. R.  
Offers his professional services at any hours of the  
day or night.  
Special treatment of venereal diseases of men & women.  
Specialist in tropical diseases  
OFFICE:  
Brick-house of Mr. Felipe J. Alvarado 7 to 9 a. m.  
[OFFICE HOURS;  
In Limon: 7 to 9 p. m. — In Siquirres: from 11 a. m. to 2 p. m.

RELOJERIA SUIZA  
DE  
ALCIDES CHAPATTE  
Magnífico surtido en Relojes, Alhajas, Joyas  
y en todas clases de artículos del ramo.  
— Precios baratos —

LA NORMA  
DE  
MIGUEL TURULL  
es la casa que a pesar de la guerra recibe constantemente  
nuevos surtidos de géneros.

ERNESTO SANTOS  
AGENTE DE NEGOCIOS  
Frente al Banco de Costa Rica  
Teléfono 639  
SAN JOSE, COSTA RICA

## RAYOS ULTRA VIOLETA SOL ARTIFICIAL DE ALTITUD NUEVO METODO CURATIVO

El terreno de indicación del Sol artificial de altitud  
es muy extenso, tanto en lo que concierne a su tera-  
péutica independiente, como también en lo relativo a  
la asistencia de los demás procedimientos terapéuticos.

**En la Cirugía:** Tuberculosis quirúrgica, fístulas de  
todas clases, úlceras mal curables, furúnculos, que-  
maduras, etc.

**En la Medicina interna:** Neuralgia ciática, gota, dia-  
betes, neurastenia, insomnio, raquitis, bronquitis, vi-  
cios de la nutrición, anemia, enfermedades del cora-  
zón, obesidad, tuberculosis pulmonar, estreñimiento  
crónico, etc., etc.

**Ginecología:** Vicios de la menstruación, etc.  
**Enfermedades de la piel:** Lupus, chancroides, lipo-  
mas, nevus, alopecia, acné, eczema, úlceras tenaces,  
intertrigo, erytrasma, psoriasis, seborrea, etc. etc.

Este método es recomendado por eminencias médicas de todo  
el mundo, y habiendo hecho, aquí en Costa Rica, ensayos prelimi-  
nares durante seis meses, con alagadores resultados, recomen-  
damos este nuevo sistema de cura.

Gabinete Electro  
Terapéutico **JOSE BRUNETTI** Pegado a la  
Escuela de Derecho



**White Cloud Jabón**  
"Nubes Blancas"



El Jabón  
Blanco Flotante  
100 % puro  
Para los Baños  
y Toilette. No dañan  
la piel.  
Sin igual para las  
Sedas y Telas finas

**Jabón**  
"American Family"

Para lavar ropa; sin  
rival, el pan grande.  
Igual en agua fría o ca-  
liente. Más barato que  
los jabones comunes.



**JAP ROSE SOAP**  
(TRASPARENTE)

El jabón de glicerina  
JAP ROSE hace desa-  
parecer los barro dando  
a la piel suavidad. Quita  
la caspa y por su acción  
antiséptica está indicado  
para el baño y la toilette.

**Jabon Flake**  
"Nieve Blanca"



El Jabón de Pureza  
evita infecciones.

Hecho de aceites  
vegetales.

Sin rival para  
blanquear la ropa.  
Unico que no encoje  
las Franelas.

No cuesta más que  
los jabones comunes

De venta en todas las Pulperías, Tiendas y Boticas y por mayor en los Almacenes

UNICO AGENTE DE IMPORTACION PARA CENTRO AMERICA Y PANAMA

**W. E. BROAD, Frente a la zapatería de Araujo, SAN JOSE, C. R.**

**DR. MARCOS ZÚÑIGA**

Trabaja en todos los ramos de la Me-  
dicina; pero dedica especial atención a la  
Cirugía Obstétrica.

**CONSULTAS:**

En la Botica Americana, frente al Carmen  
y en la Policlínica

**PANADERIA y PASTELERIA**  
"LA LIBERTAD"

100 varas al Sur de la Casa de Salud  
de los doctores Uribe y Espinosa.

Pruébese el pan y los tosteles de este  
establecimiento, todo lo mejor por la  
variación y calidad.

CONDICIONES:  
Número suelto . . . cts. 25  
Suscripción mensual cts. 50  
Año adelantado . . . ₡ 5.00  
Iguales precios  
para Centro América.

# FIGARO

Revista Quincenal de Artes y Letras

Directora y Administradora, **Angela Acuña**

Selecta colaboración de plumas  
nacionales y centroamericanas

Apartado de Correos No. 751  
Oficina: Calle 1ª Sur  
frente a la Escuela de Derecho.

Año 1.º

San José, Costa Rica, 25 de Julio de 1915

Número 7

TIPOS CENTROAMERICANOS



Srta. DORA ASTUA LIZANO

Damita gentil de nuestra sociedad



## LA GOTA DE LECHE

El amor a la infancia desvalida, ha congregado bajo un mismo sentimiento a las más distinguidas damas de nuestra sociedad, a fin de convertir en benéfico y jubiloso el hado miserable y triste de esos pobrecitos que llegan a la tierra precedidos del fantasma de la desgracia.

Y van esas señoras con un corazón todo lleno de misericordia y de cariño, a prodigar sonrisas a esas tiernas almitas, tal vez huérfanas; a calentar sus cunas miserables con el amor inmenso que por ellas arde en su pecho, y para nutrir sus fuerzas, llevarán el óbolo santo de la beneficencia y de la fraternidad. Y he aquí por qué ante el propósito humanitariamente sublime y noble que a esas caritativas señoras las reúne, no hallo palabras bastante expresivas, que traduzcan el aplauso interior que tributa mi alma a esa generosa y cristiana idea; son muchos los tiernos sentimientos que ese fin tan bello ha despertado en mi corazón.

En ninguna época como en ésta, tildada no sin razón, del más refinado positivismo, ha florecido con tanta opulencia en las sociedades civilizadas el espíritu de la fraternidad evangélica, que cura al enfermo, viste al desnudo, da pan al hambriento, consuela al afligido y se esfuerza por hacer entrar en los senderos del bien al que de ellos se halla extraviado; y así vemos que al lado de asociaciones científicas, cuyo objetivo único se cifra en arrancar a la naturaleza universal el secreto de sus fuerzas para aplicarlas al progreso humano; al lado de asociaciones industriales y comerciales, entregadas a la conquista del oro, como si ese fuese el fin exclusivo y determinante de la misión del hombre en la tierra; al lado de asociaciones de artistas, que consagran todas las energías de su corazón y de su cerebro, al intento de revelarnos con la palabra, con el cincel o con la paleta, el supremo ideal de la belleza; al lado, en fin, de asociaciones de placer, que nos ofrecen el deleite espiritual como la panacea que cura las frecuentes contrariedades de nuestra vida, otra multitud de asociaciones de naturaleza exclusivamente piadosa, consagradas a aliviar el dolor humano en sus diversas ma-

nifestaciones, sin otro estímulo para sus faenas que la satisfacción del bien ejercitado, ni otra recompensa que la prometida por el sublime Profeta de Nazareth, a los que ejercitan la caridad con sus hermanos.

Esta época eminentemente investigadora y positivista, es al mismo tiempo la época en que la beneficencia se ha elevado al rango de institución social, como un capítulo necesario en el código que rige la vida en común de pueblos y naciones.

La caridad, que en tiempos pasados se ejercía individualmente por algunas almas piadosas como la de San Francisco de Asís o la de San Vicente de Paúl, es hoy una institución colectiva para la cual se asocian hombres y mujeres, a fin de acoger en su seno a todos cuantos en el mundo aparecen heridos por el dardo cruel de la desgracia.

El triunfo de la fraternidad cristiana jamás había sido tan completo como ahora, y de ello debemos gloriarnos los que hemos tenido la fortuna de vivir en estos tiempos de altísima civilización, marcados con el sello de la sabiduría y de la caridad.

Y en nombre de esa civilización humanitaria se juntan nuestras damas josefinas, para una misión altamente simpática y sublime: la de acudir en auxilio de la infancia necesitada, de esas criaturas que vienen al mundo sin sustento y sin abrigo, inocentes y puras como los ángeles, pero sujetas al sufrimiento por un destino adverso, que les ha salido al paso desde el momento mismo en que entraron en la cuna.

La misión que desempeñan no puede ser ni más hermosa, ni más grande. Su hermosura y su grandeza llenan mi espíritu de un entusiasmo inefable, cuya intensidad no es posible expresar con las palabras.

¡Nobles damas que no dejarán morir en su cuna al tierno infante desvalido y miserable!

*Angela Cuina*

## Instantánea de la guerra

Las huestes vencedoras ocupan ya la aldea.  
Cesa el fuego. Los hombres lanzan hurras. Sucede la matanza al combate, a las bombas la tea.  
¡Incendio y exterminio! El invasor no puede perdonar a ese pueblo el inaudito crimen de defender la patria. «¡Mueran todos!» ordena el jefe, y del degüello ni los niños se eximen!

En el bosque cercano, de horror y angustia lleno, una madre procura acallar a su hija que pide pan. ¡No comen las dos ha muchas horas!... De pronto lanza un grito. Un húsar rubio fija en ella sus pupilas duras y escrutadoras.  
¿Qué pasó por el alma de aquel rudo soldado?  
¿Fue la visión risueña de su lejano hogar?

Alargó silencioso a la niña un bocado, unos mendrugos que ella no se atrevió a tocar. Fue delatado y preso. Para la disciplina el más grave delito es sentir compasión. Fusiláronle al punto y al pie de una colina sepultaron de prisa aquel buen corazón.

Termina con la aurora la labor incendiaria: los cañones desfilan, los verdugos se van: el sol naciente dora la tumba solitaria, y en ella cual piadosa ofrenda funeraria se ve en lugar de cruz... un pedazo de pan.

*C. Gagini*

## LA CIUDAD SANTA

Pasada la estación del Alto y la región de los monótonos cafetales, el tren suelta los frenos y se desliza a todo vapor como un potro que se encamina a la cuadra, a reposar de las fatigas de la espuela.

Mario, mi espiritual amigo, que tiene la voz y las maneras de un abate del Vaticano, extiende la mano y me señala las praderas eternamente verdes y húmedas que la luz del poniente, muy intensa, realiza con sus reflejos de oro, antes de ennegrecerse en el crepúsculo final. Por aquí un bosquecillo, allá unos jaulas tan elegantes como los álamos, erectos centinelas que custodian una casita blanca; las milpas con su color glauco como las olas del mar tranquilo; largas líneas de árboles coposos y esas curiosas, características cercas de piedras amontonadas y llenas de vegetación, que marcan las propiedades. En el fondo del cuadro las montañas cultivadas, de un tono azul oscuro.

—Sí, dije extasiado a mi predilecto compañero. Para comparar la fecunda campiña de Cartago, tengo el recuerdo de la vega de Granada, vista desde su Alhambra.

Mayor fué todavía mi regocijo un día, y de esto hace varios años, en que bajando de la aldea de San Cristóbal por la empinada sierra, cabalgando desde el amanecer por un sendero tallado en plena montaña, tapizado y perfumado por violetas silvestres, al doblar un recodo, se presentó a nuestros ojos, allá abajo, el dilatado valle del Guarco bajo la luz de un sol resplandeciente.

En medio del valle y en la pendiente suave que cruzan riachuelos de agua cristalina, Cartago, la Ciudad Santa del costarricense, con sus torres, sus calles muy anchas, sus espaciosas viviendas y sus jardines y huertas que le daban un aspecto de matrona rica y fecunda.

Involuntariamente vino a nuestro recuerdo el nombre de Juan Vázquez de Coronado, el bizarro capitán que tuvo la idea de fundar una ciudad en el valle paradisiaco que refrescan tantos riachuelos, y nos figurábamos la alegría de una de esas familias de algún antiguo Gobernador español, que después de sufrir muchas penalidades y de atravesar las cordilleras por caminos infernales, huyendo del calor y del peligro

de las costas, descubriera encantada los sitios tranquilos, pintorescos, de clima saludable y delicioso de la vieja capital.

Como buenos castellanos, su primer gesto sería una genuflexión, dar gracias al Altísimo que creó y adornó con primor este girón de tierra, que sin desdoro se parangona con la tierra de Andalucía. No falta para ello ni la veneración tradicional a la Virgen, ni las costumbres sedentarias de sus moradores, que encuentran innecesario buscar otros parajes, orgullosos de lo suyo.

Tampoco hacía falta el fervor que se avecina al fanatismo. De él, mediante las tradiciones entretenidas por sacerdotes y misioneros, puede decirse que surgió el Santuario de los Angeles, las procesiones suntuosas, las romerías y promesas que lo buscan de todo el país y del exterior a veces, donde quiera que un tico viva y sostenga lucha con la tremenda y misteriosa esfinge de la vida.

Cartago está hecha en realidad para la fe, para el ideal, para la poesía.

Aun esta ciudad a medio construir que no tiene la misma fisonomía de la que recorríamos cuando niños; allí está en pie la parroquia, en el solar de la primitiva iglesia de la Colonia. Paseando por las noches, se contemplan sus muros envueltos por densos velos de neblina y se piensa en un Escorial silencioso, más bien dicho, en un Coliseo del tiempo en que Roma era señora del Mundo; y las vírgenes cristianas sacrificadas en sus arenas toman el semblante de la niña fresca, y rosada como las rosas de Castilla, redondita como una manzana, que muy devota asistía a misa todas las mañanas en el Convento y que sintetizaba con su figura núbil y sus ojos de esmeralda, la tentación femenina que distraía a los pequeños San Antonios del Colegio de San Luis, de sus graves deberes escolares.

Frente a esa iglesia, destinada según una leyenda a no ser reconstruida jamás, hoy que parece una ruina antigua poblada de fantasmas, dos edificios modernos representan el renacimiento de Cartago, la Escuela nueva de líneas sencillas, de muros blancos adornados con sobriedad y el Teatro Apolo, con su fachada coloreada, de arquitectura modernista y sus racimos de



luces que rasgan la bruma nocturna y pregonan en aquella ciudad del silencio la nota del arte y del bullicio social.

Lo que ha quedado intacto, a pesar de los trabajos afanosos de resurrección después del terremoto, es el

Pero en una mañana de sol, no hay tristeza ni misticismo que resistan. En el centro del camposanto unas cuantas araucarias gigantescas alzan al cielo sus brazos eternamente verdes, como fontanas de bendición para los que allí reposan.



LIC. DON ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

De nuestra galería de colaboradores

cementerio. Allí pueden verse los estragos del mortal sacudimiento de la tierra. Grandes paredes repletas de nichos desquiciadas, tumbas medio abiertas, lápidas que hoy no guardan despojos, monumentos que se quebraron, y que nadie se cuida de reparar, fragmentos de mármol que yacen a pocos metros de su antiguo sitio.

El cementerio cartaginés, que puede tener tres cuartos de siglo de construido, es bien pequeño, podría contenerse muchas veces en el de la capital. Por ello preguntábamos. ¿Qué se han hecho los muertos?

Nada tiene de extraña esa pregunta. Un ex-Presidente, venerable patricio que ilustró con sus hechos

## EL DIA DE LOS ARBOLES

PARA LUIS CRUZ MEZA

Un árbol es un brazo de la vida que se alza, con vigor, hacia la altura para ofrendar manojos de verdura a la lluvia, la dulce prometida.

Mil brazos de esos tiene la espesura y alguna vez, al verse escarnecida, con ellos barrerá la fementida piedad, que es galardón de la cultura.

Y habrá qué ver entonces desatadas esas fuerzas, haciendo las jornadas de su espantosa y formidable guerra,

mientras el hombre, que los bosques sierra, bajo una tempestad de manotadas inundará de súplicas la tierra.

*José María Zeledón*

Julio de 1915.

## DEIFICA

De humilde y multiforme arquitectura, los hombres somos lámparas de arcilla, en donde al soplo de la mente brilla la llama azul de la deidad futura.

El dios se exalta y lo mortal se humilla bajo el Verbo de Dios que lo depura: si quieres trascender tu celda oscura diafaniza tu pobre lamparilla.

Hazle un pequeño tragaluz de cielo, que el dios se siente en la prisión del suelo como si lo colgaran del vacío...

Y transmútala en lámpara de oro, que el espíritu ansía su decoro y es la aurora, y los dioses tienen frío.

*Rafael Cardona*

Julio de 1915.

la vida de la provincia y los anales de la República, reposa allí en una tumba sin nombre.

Se dice que después del terremoto, por el espectáculo macabro que presentaba el cementerio y por razones de salud pública se incineraron muchos cuerpos y fueron colmados varios osarios.

Antaño, allá en los tiempos coloniales, existía la costumbre de enterrar en el interior de las iglesias y a sus lados. Así se explica lo exiguo de este cementerio que debería contener los nombres de los fundadores de la mayor parte de nuestras familias.

Tres siglos, tal vez algo más, tiene Cartago de existencia en el lugar que hoy ocupa todavía, a despecho de los que intentaron su sacrílego traslado.

He aquí, explicada la causa de nuestra veneración. Sobre sus calles actuales, en los cimientos de sus frágiles moradas contemporáneas, en la vecindad de sus iglesias, contiguos a esos muros de piedra de la Parroquia que toman en la noche formas tan extrañas, por todas partes, en la vieja metrópoli están los huesos, hoy el polvo de nuestros antepasados, y sobre esa arcilla, con la ayuda de Dios, se ha levantado con su potente soplo, el progreso de Costa Rica.

Las mismas pruebas rudas a que ha sido sometida Cartago, están diciendo su estirpe sagrada y su razón de ser. Reclinada en la cordillera, refrescada perennemente por las brisas frías, fecunda su entraña, pintoresca su veste, los hombres que allí viven, parecen condenados a una eterna lucha con el enemigo invisible y titánico.

Para embellecerla, para enriquecerla templan sus caracteres y aguzan su entendimiento. La adversidad engendra la previsión. El Irazú puede preparar sus lavas calcinantes. Cartago es la Pompeya inmortal que en el flanco del monstruo, sentirá siempre sobre las cenizas de la muerte, las ardientes palpitaciones de la vida.

*Alejandro Alvarado Quirós*

De "Cuentos Fáciles"

## LA GRATITUD

Eran cuatro los asíduos, los inseparables parroquianos de *La Flor de Lis*. Su mesa, situada en el fondo, junto a la orquesta, era su cuartel general desde las diez hasta las doce de la noche. Conocían el nombre de todos los mozos del café y tuteaban al propietario, hombre no maduro aún, casi obeso, que toleraba todos sus desafueros con la filosofía de quien piensa apaciblemente: «Pst! cosas de muchachos». Bromeaban con los vecinos, piropeaban a las mujeres, a veces metían alboroto, y otras permitíanse el lujo de hacerse apuntar órdenes, en los días críticos.

*La Flor de Lis* era una institución. Era preciso ser visto allí. Dábanse cita la dama aristocrática y el perfumado petimetre, el gomoso y el banquero, el político en agraz y el provinciano con aspiraciones, y no era raro ver a alguna buscona discreta que se aventuraba allí del brazo de un turista yanqui, o de un oficial de los que se tienen en poco. Es claro, el negocio marchaba sobre rieles y había enriquecido a dos o tres generaciones de catalanes tozudos y sórdidos.

Frente a un bock, los cuatro, «los Inevitables», como empezaban a llamarlos—estaban aquella noche de excelente humor, y las ironías más cáusticas, las más graciosas ferocidades estallaban como luces de Bengala en aquel clásico rincón del Café.

Aquí y allá, había algunas mesitas ocupadas, y no muy lejos, la de una señora que de cuando en cuando dirigía furtivas miradas al grupo en que alborotaban los muchachos. Era una burguesa robusta, un poco ajada y desteñida, con sus tres niños. Y más cerca, a la derecha, un empleado cesante, famélico, estafaba con descaro al dueño del salón, monopolizando una mesita y oyendo dos horas de música, por un refresco de diez céntimos que paladeaba lentamente con una pajilla. Y más cerca aún, veíase un matrimonio joven—



muy guapa ella y buen mozo él—que en media hora no habían cruzado una palabra.

De aquellos truhanes, quién no recuerda a León? Tuvo un nombre y una época entre aquella borrascosa juventud universitaria de 1902, que luego el afán de vivir dispersó a los cuatro vientos.

León era un pontífice del chiste. Es decir, una amenaza y una calamidad. Su carrera de hombre agudo comenzó el día que en el café lleno de gente, pidió con seriedad británica, en alta voz, un «sandwich frappé». El criado, que era imbécil, quedóse perplejo, y le dió a entender que no había. «Pues entonces no me traiga»—argulló aquél; y el criado inclinándose:— «Sí señor, no le traeré». La concurrencia soltó una carcajada. Nuestro amigo estaba ya «lanzado»; consagróse después con una caricatura política que fué un escándalo.

Mientras Max hacía una picaresca relación de la última conquista de cierto diplomático afortunado en sus amoríos con señoras casadas, entonces muy en boga, León con el lápiz trazaba sobre el mármol el dorso de una ninfa desnuda. Cuando hubo terminado y la silueta se destacaba precisa y firme sobre la blancura de la mesa, alzó su noble cabeza de bohemio y preguntó con bizarría, mirando de soslayo a la robusta burguesa:

—¿A quién se parece?

Las tres cabezas se agruparon más en torno del boceto. Y aquellos calaveras habituados a desnudar con los ojos a todas las mujeres guapas, hacían inauditos esfuerzos de imaginación para buscar equivalencias, parecidos probables, tal cual similitud de líneas, evocando formas entrevistas al acaso, o apenas adivinadas bajo las telas ceñidas de los trajes a la moda—ese pícaro *entravée* y ese perverso *ecourttée*—mas aquel cuerpo era tan fino, tan perfecto, que no acertaban con el original de esas curvas impecables. Al azar se aventuraron algunos nombres, que fueron rechazados en el acto.

—Tú nos estás embaucando con la copia de una de las Gracias. Te imaginas por ventura ¡oh trasunto de Apelles! que puede haber en nuestro país una mujer que tenga un cuerpo de belleza semejante?—exclamó malignamente Enrique Suárez—declarándose vencido.

Todos aprobaron en silencio, menos León, que sonreía de la incredulidad de sus camaradas.

Acababa de cruzar con la señora de los tres niños una de esas miradas hondas y vagas que suelen dirigirse un hombre y una mujer que habiendo vivido en otro tiempo un pequeño drama, están en acecho para explorarse mutuamente sin ser advertido el uno por el otro.

—Pobres diablos que no entendéis de nada—dijo ya muy dueño de sí—vosotros conocísteis a la poseedora de estas maravillas.

—¿Cuándo?

—Hace unos seis años.

—¿En dónde?

En los baños de mar de \*\*. ¿Os acordáis?

Qué se iban a acordar! Se miran tantas formas divinas en las playas de verano...

—En verdad, me inspira lástima vuestra memoria; oíd:

La conocí en una alegre temporada en el puertecito de \*\*. (Existe el ojo pictórico como el ojo clínico): os doy mi palabra de honor que en mi vida he visto

senos más lindos, ni flancos más puros, ni piernas más estéticas que los de esa mujer. No era eurítmica; era la Euritmia... Afrodita!

Al salir del agua sentí un calofrío. Empezaron los diálogos entre el agua y los coloquios en la playa, sobre la dorada arena, frente al mar inmenso. (Todo un capítulo sentimental). Pero, oh clásica antigualla! las dichas son fugaces y pasan como las nubes, como las naves, como las sombras...

—Según la docta opinión del Maestro Kempis.

Terminó la temporada y con ella los idilios a pleno aire y bajo el claro cielo estival... y mi ninfa de tres semanas se esfumó como se desvanece un *flirt* de verano y un beso de carnaval.

Es malo el sol porque pone muchas locas fantasías en nuestros cerebros, muchas ansias en nuestra sangre, y la vida de la ciudad es prosaica y metódica, ferocemente llena de ten con ten y de cuenta y razón.

Cuando volví a ver a mi afrodita casi no me reconocí; pasó de largo, devolviendo mi saludo a flor de labio. La eterna historia banal. No tuve la torpeza de insistir; pero me juzgué desgraciado.

—Un capricho de veraneo, quién se acuerda de eso?—observó Oscar, y Enrique, fingiendo cansancio:

—No vale la pena tomarle al auditorio quince minutos para referirle mal una aventurilla de tres al cuarto.

—Tiene razón Enrique—corroboró Max,—todo es vulgar, gacetillesco, y la vulgaridad reinante nos asfixia. Dios no te llama por ese camino, dedícate a tus caricaturas.

El narrador soportó con estoicismo las dos andanadas, y cuando callaron, repuso con calma:

—Sois unos filisteos; vuestra impertinencia es supina; al menos, dejadme concluir!

—Bueno, estábamos en que la sonrosada sirena del balneario te dió con la puerta en las narices, acaba, pues dijo Oscar con indolencia, y volviéndose un poco:

—Mozo, cuatro bocks!

Apurados los cuatro jarros de cerveza. León, impertinente, continuó su relato:

Veis a esa señora que ingiere tosteles y tosteles con apetito rural, rodeada de tres chiquillos que se han embadurnado de crema las narices?

—Hum, es un tonel de grasa!

—Debe ser muy abandonada, mirad qué asco de criaturas.

—Parece la mujer de un empleado público: tiene hambre!

—¿Habéis concluido? Bien, os invito a tomar una copa a su salud—dijo León, con solemnidad desusada en él.

—A su salud! Y eres tú quien paga?...

—¿Qué esplendidez es ésa?...

—Chico, nos desconciertas...

Prorrumpieron todos riendo de buena gana ante aquella proposición inverosímil, doblemente inverosímil.

El improvisado anfitrión, sereno, formal, concluyó:

Esa mujer gorda, fea, negligente, voraz, y con tres mocozuelos a la pretina, es la ninfa adorable que me dió calabazas hace seis años. No se trata, pues, de una fanfarronada, sino de un testimonio de gratitud... Mozo, una botella de champaña!

Camilo Cruz Santos

PARA ELLAS

## LA MUJER - RUIDO

La característica femenina del año pasado fué una exaltación del valor moral y social de la mujer.

Abrió 1914 su reinado con el triunfo de la mujer suntuosa y frívola; lo cierra con el triunfo de la mujer heroica, austera y modesta.

Se diría que, como en tiempos místicos o románticos, vuelven a reacuñarse en el troquel de cada conciencia los valores internos, espirituales o intelectuales. La mujer «exterior» pasa a segundo término social con sus comparsas de modistos y de joyeros; la mujer «interior», con su invisible escolta de renunciaciones, ocupa silenciosamente el primer rango.

Hay quien sospecha que este gran terremoto social pasará, con la guerra, dentro de unos meses. Y cuando la paz se haga, volverán a triunfar los valores frívolos.

Es posible, mas no probable. Lo probable es que este paréntesis moral continúe abierto años y años, no sólo por razones éticas, sino también por razones económicas. Porque se hará la paz diplomática; pero no podrá hacerse, en mucho tiempo, la paz de los espíritus, hondamente, profundamente subvertida por el tipo de «la mujer-ruido».

Esta «mujer-ruido» comenzaba a no tener ya más valor social que el externo y fortuito de sus galas, de sus vestidos y de sus joyas; comenzaba a apagar en el hombre toda ambición que no fuese apetito de poseerla o vanidad de lucirla; comenzaba a derruir las torres espirituales y a sembrar de sal sus ruinas...

Cada año, cada día, propende el hombre a ennoblecer su animalidad, a estimular sus ansias espirituales e intelectuales, a cultivar su mundo interior. Al hombre de nuestra época no le puede satisfacer la mujer-ruido, mujer ocasional, mujer por horas. Hay una serie de problemas nuevos—sociales, económicos, intelectuales y morales—extraños a la acción externa de la mujer-ruido. Ya no le basta al día su propio afán, según la frase de Lucrecio; cada día junta a su afán propio el afán del día siguiente. El hombre de hoy comienza a ser previsor, que es comenzar a ser reflexivo; y para el hombre reflexivo, la mujer-ruido, la mujer frivolidad, es algo tan deslumbrador, pero tan vacío, como una bomba de jabón.

La congoja económica, únicamente comparable por su horror con la congoja intelectual, plantea a nuestra juventud dos graves problemas: uno, el de que la mujer-ruido es cara; otro, el de que la mujer cara es incapaz de consolar y de alentar.

La mujer-ruido intenta, como los soldados de Hernán Cortés, deslumbrar con sus baratijas. Pero los hombres no son ya como los pobres indios de la Guanahaní. Saben de sobra que las baratijas no hablan, no alientan, no consuelan, no acompañan en el cansancio ni mitigan la desilusión.

Ha fracasado, pues, la mujer-ruido en todos los órdenes. En el orden moral, porque perpetuaba la injusticia, dividiendo a la humanidad en castas, humillando al humilde, ensalzando al soberbio y entronizando al «hombre-ruido».

En el económico, por ser cara y no reproductiva; esto es, porque las satisfacciones que produce no valen

el dinero que cuesta. O mejor: porque gasta mucho y produce poco.

Y a fracasado la mujer-ruido, en el orden espiritual, por inútil, por incapaz de religión.—en el sentido de «religar», de acompañar, de atarse al hombre. La mujer-ruido no se ata más que al éxito. Ya lo dijo Luciano, el Samosata: «La mujer, como las alondras, se va hacia todo lo que brilla...»

Ultimamente, la mujer-ruido ha fracasado, hasta en el orden estético, por vulgar, por ruidosa, por escandalosa. Todas sus gracias son de tambor batiente, todas sus galas llamativas, todos sus gustos gritadores. En el palco, en misa, en el paseo, en el banquete, la mujer-ruido grita con la palabra o con el ademán, con el descote o con los perfumes. Es inmoral, es cara, es inútil, es vulgar... y sigue gritando.

Se imagina que reina aún, porque aún le quedan unos cuantos bobalicones primitivos, hombres de instintos y de vanidad, indios de Guanahaní con frac y monóculo. Pero no sabe que estas gentes ignoran el valor del esfuerzo propio y que, por tanto, ellos no son ellos, ellos son sus padres, con dinero y apetitos póstumos.

Los hombres personajes, los hombres autónomos, los forjados en duras fraguas de adversidad, no rendirán los frutos de su trabajo en manos pródigas o histéricas, sino en manos prudentes y hacendosas; no dirán su poema interior a un gesto impaciente o a unos ojos fatalmente incomprensivos, sino a un gesto sutil y a unos ojos alentadores.

Esos que todavía, por algún tiempo, seguirán escoltando a la mujer-ruido por su ruido, no tienen que rendir frutos de trabajo, porque no trabajaron nunca, ni revelar poemas interiores, porque nunca se interrogaron a sí mismos.

Nada de cuanto den es suyo, porque no es nuestro nada que debamos a los demás...

Así, mujer-ruido, ya no tendrás en adelante más súbditos que unos hombres que no son ellos, ni más imperio que el de los instintos, ni otro programa de gobierno que el de halagar la vanidad de los últimos guanahaníes de frac y de monóculo.

Los hombres personales se emanciparon de tu tiranía. No reinas sobre los espíritus, sino sobre los apetitos.

Cristóbal de Castro

## ANGELES DE UN DIA

Al regar sus rosales la Mañana,  
del eterno Dinor, río de vida,  
como un canto de las ondas,  
la hueste de los ángeles de un día  
se eleva con la música de un himno  
de amor al Infinito,  
y dejan de existir cuando se llena  
de arrullos de palomas el ambiente  
y de sombras de saucos la corriente.

Toda una vida de ángel en un llanto  
de rosas, de azahares y de mirtos;  
toda una vida de ángel en un canto  
de amor al Infinito!

R. Brenes Mesén



## LA CASA DONDE NACIO JUANA DE ARCO



El mundo no ha podido explicarse todavía el prodigioso destino de la Doncella de Orleans, nacida en una pobre cabaña de la aldea de Domremy. Escuchó mandatos divinos y fué la redentora de su patria. La universal admiración ha querido elevarla beatificada a los altares. ¿Qué más altar que aquella cabaña conservada con amor por las generaciones, templo humilde y a la vez grandioso, donde su nombre recibe el culto que le rinde la humanidad a través de los tiempos?

## EL TEATRO INFANTIL

Leído este trabajo en Cartago, en una velada de la Sociedad de Instrucción y Recreo, en Setiembre de 1914.

Sepultados en el campo de las viejas teorías duermen ya los antiguos métodos de enseñanza, sustituidos actualmente por otros que son el resultado de modernas experiencias psicológicas, que tienden a hacer más razonable la vida de los escolares. El teatro infantil de hace algunos años, era tan fatigoso, que lejos de agradar a los niños les aburría y no pudo conseguirse nunca que llegara a ser su deleite, ni un medio de educarlos. Felizmente, en la actualidad los niños tienen su teatro, un teatro ameno que les agrada e instruye y que constituye su verdadero placer.

Inmensas son las ventajas que presenta el moderno teatro infantil para la educación de los seres a nuestra dirección encomendados. Puede ser el maestro de moral, de la moral con palpitaciones de vida, que tan grabada queda en la mente y en el corazón. Se puede convertir en decidido auxiliar de la lengua materna: encuéntrase allí la recitación, la composición dialogada, la lectura interesante, el dictado, el resumen y la dramatización de que tanto gustan los niños.

En la infancia se encuentra todavía esta moderna tentativa, pero aunque es obra incipiente, ha tenido desde sus primeros ensayos un éxito admirable.

El ilustre dramaturgo español Jacinto Benavente,

el de la sonrisa mefistofélica según Azorín, a pesar de su amor al solterismo tiene en su corazón un rincón florido para los niños. Sin excluir la ironía sutil que no abandona nunca, Benavente echó la base de la tendencia modernista con su agudo cuento «*El Príncipe que todo lo aprendió en los libros*».

Divierte a los niños y satiriza a los grandes que creen que se debe alejar a los niños de los lindos cuentos de hadas. Hay en él, como tan acertadamente dijo Amado Nervo, «ingenuidades de Perrault y ráfagas de Shakespeare».

El «Príncipe Azul» héroe de la comedia, ha terminado su educación en los libros, preciso es que viaje para que adquiriera la experiencia de la vida, que tanto necesitará más tarde para gobernar. Parte del palacio acompañado de un preceptor y Tonino, bufón que sólo piensa en las provisiones mientras el maestro prepara libros y el augusto viajero sueña con princesas encantadas, con magos, ogros y gigantes, dragones y talismanes. Un descuido del Profesor lleva a los caminantes a un punto de donde partían dos caminos: florido y ancho el uno; otro, como en los viejos cuentos infantiles, estrecho y cubierto de zarzas y guijarros.

Para el Príncipe, aquella senda conducía al palacio, donde, cual otra Bella Durmiente, encontraría una princesa aprisionada entre las cadenas del encanto.

Se decide, pues, por ese rumbo, mientras el bufón sigue por el vasto sendero, guiado por una aldeana,

la Bella, que para el inocente hijo del rey era la esposa de algún ogro que habitaba las cercanías.

Desaparecen ambos y el preceptor queda abstraído consultando libros sin comprender cómo es posible que la Real Academia de Ciencias se haya equivocado. Como es natural, el Príncipe no encontró palacios ni princesas sino una humilde cabaña donde habitaba, una vieja miserable que se compadeció de él y le dió albergue y alimento. El bufón se hospedó en casa de la aldeana, cuyo marido, sino era un ogro de verdad, merecía tal nombre por su crueldad para con las gentes.

Después de una serie de contratiempos llega el Príncipe al palacio del rey Chuchurumbé. Encuentra en él al monarca con sus tres hijas. Se acerca y dice cortesmente: «Salud, gran Rey, bellas princesas. No es este el palacio de Chuchurumbé? «Que cuando más se mira menos se vé», contesta una de las hijas.

La cabecita del Príncipe embriagada de perfumes de cuentos, creía que como en las historietas que había aprendido, la tercera de las hijas del rey debía ser la mejor, y pensó casarse con ella. Aparece en ese instante la vieja que había encontrado en la cabaña, que era en verdad el hada buena del Príncipe, y le hace comprender que la que había elegido para esposa era la peor entre las hijas del Rey. Se casó con la segunda, que era un ángel, y como llegaran en ese momento los padres, le preguntan si se ha convencido de que la vida no es un cuento de hadas. Pero el Príncipe, con toda la ingenuidad y dulzura de que era capaz su alma buena, les responde: «No al contrario. Ví realizados todos mis sueños porque creía en ellos. Encontré hombres feroces como los ogros; encontré almas buenas como las buenas hadas, encontré una princesa como las de los cuentos. Para esta buena vieja que me salvó con su compasión y me desengañó con su experiencia, te pido ricos galardones, porque fue mi hada buena. Para el hombre feroz como los ogros que arruinan a los pobres y llevan la miseria a todas partes, con su egoísmo, te pido justicia. Para mi princesa, que si no es la menor de las hijas de un rey, como en los cuentos, es la que mereció mi cariño, te pido amor de padre... Ya ves que mi viaje no fue tan desgraciado, ni pudo desengañarme de mis ilusiones... Aprendí que todos llevamos una hada protectora a nuestro lado, que si la oímos siempre, podemos hacer felices a cuantos nos rodean y serlo también nosotros... aprendí que es preciso soñar cosas bellas para realizar cosas buenas... Gloria a mis cuentos de hadas! No maldeciré nunca de ellos! Felices los que saben hacer de la vida un bello cuento!

Fue estrenada esta hermosa comedia con éxito inmenso el 20 de Diciembre de 1909 en el Teatro Príncipe Alfonso de Madrid. Acaba de ser editada por «Ariel» en el último número de su publicación. (1)

Gregorio Martínez Sierra, el delicado autor de «Canción de Cuna» leyó más tarde a los niños la joya teatral «El Palacio Triste». Es un cuento fantástico, que como el anterior, divierte a los pequeños y enseña a los grandes. En él se trasluce la amarga vida de los pobres niños condenados a estudiar horas enteras cosas útiles, de las cuales, padres y maestros tienen la

clara visión de que no son de provecho para su vida práctica.

Tres niños que bostezan ante un tablero en el que hay escritas inútiles formas matemáticas, un profesor viejo vestido de negro, un salón oscuro con sus paredes cubiertas de retratos ennegrecidos de reyes de severo semblante, de princesas que han muerto de tedio; mesas cubiertas de libros y esferas. Tal es el escenario principal de la comedia de Martínez Sierra.

Los desgraciados príncipes, fastidiados de la clase, entretienen en buscar consonantes para hacer versos el uno, el otro haciendo una trampa para cazar moscas y prestando al maestro, cuando le mira, una afectada atención, mientras el menor hace toda clase de gestos y movimientos para emplear su impaciente actividad.

El papel de don López, el preceptor, se repite actualmente con mucha frecuencia: el pobre señor se desesperaba por obligar a los chicos a prestar atención, sin atender a la causa de su indiferencia para escucharle.

Todos los seres que viven al lado de los niños se desvelan por hacerlos dichosos: por ignorancia, sin embargo, los hacen sufrir privándolos de los juegos, de la libertad, del contacto con el mundo exterior, y hasta de la luz del sol que con gran dificultad penetraba en aquel «Palacio Triste».

Gran horror inspira a Don López encontrar a Juan, uno de sus discípulos, con un trompo que había cambiado por un mango de pluma a un chico que pasaba por la senda del parque, una angosta vereda que constituía para los niños el camino a la felicidad, porque comunicaba con el mundo.

La senda del parque, decía Don López, la sendita del parque... Dichosa senda la sendita del parque... No nos faltaba más que la senda del parque, y el trato libre de Vuestras Altezas con cuanto vagabundo quiera pasar por ella! Arroje Vuestra Alteza esa peón que estará lleno de microbios!»

Cómo pueden comprender los niños, por medio de esta comedia, que por pobres que sean, tienen una riqueza infinita con el tesoro infinito de luz y sol que emana diariamente sobre nuestras cabezas!

Aparece luego la princesa Teodora, madre de los niños, con el aire resignado de una mujer acostumbrada al sufrimiento, y seguida por Miss Quick, una aya inglesa, rigurosamente vestida de negro.

Como habían trascurrido tres horas, en las cuales sólo habían logrado fastidiarse, exclama el príncipe Reinaldo: «Por qué eso de cumplir uno su obligación ha de ser tan aburrido?» Gran enseñanza que hace reflexionar cuánta responsabilidad tiene un maestro que así hace filosofar a un niño en los comienzos de la vida!

Viendo sus hijos tan grandes, Teodora reflexiona sobre su porvenir; para ella, han crecido tanto, que ya no puede besarlos en la frente, pero uno de los niños, con un ademán encantador, empuja suavemente a sus hermanos y los coloca de rodillas frente a su madre, diciéndola al mismo tiempo: «Si, madre, si, no estás triste por eso! Mira, si todos te llegamos al corazón!»

La pobre madre, al besar aquellas tres cabezas juntas, recuerda al esposo muerto, y a su hijita Marta, misteriosamente desaparecida.

«Señor, donde estará la que me falta! Exclama.

Mientras los niños van a correr, ella contempla la senda del parque, como esperando que por allí llegara su hija. La inglesa asegura que Marta, cazando mari-

(1) Téngase presente que este trabajo fue leído el año pasado.



posas, se despeñó en un precipicio, pero Teodora, que tiene ante todo corazón de madre, que nunca se engaña, le responde: la verdad oficial, la que inventó mi padre por no reconocer que un vástago de su noble estirpe no pudo sufrir el tedio de este palacio y huyó en busca de un poco de libertad.»

De noche, en el salón de estudio iluminado por la lumbre de la chimenea, los chicos comentan sus fastidiosas lecciones y a Juan se le ocurre preguntar quién habría inventado los libros. Reinaldo, su hermano, le responde: según de lo que sean: las gramáticas las inventaron los frailes, las aritméticas los judíos y las geografías los piratas.»

Por las ventanas abiertas la luna les regalaba con sus caricias blancas y el sueño luego prodigó las suyas reconfortantes. Las voces de una niña que les llamaba por sus nombres les hizo despertar: uno creía que era «Caperucita Encarnada», otro le dijo que era una hada de los bosques, pero en realidad no era otra que Marta, la que creían muerta. La alegre chiquilla que llegaba al Palacio Triste bañada en luna y llena de aromas de los campos, les cuenta cuántas cosas bellas hay por el mundo y les hace ver cuán lúgubre es la existencia en el tétrico castillo. Inmensa fué la desilusión de su hermanito Augusto cuando supo que no hay sirenas, ni hadas, ni duendes, pero Marta, con la frescura de sus doce años, le dice: «No hay duendes, no, pero en el corazón de la tierra están guardados los tesoros; no hay ninfas en las fuentes ni dentro de los árboles, pero ellos dan sombra y buen olor, y muchos frutos para comer, y esencias y flores que sirven de adorno y de remedio, y las fuentes tienen el agua clara que es limpieza y salud y vida de la tierra; no hay hadas en los bosques, pero si los niños pierden el camino, y se les echa encima la noche, lo encuentran sin que se lo diga nadie. Convence Marta a su madre y hermanos de que deben abandonar el palacio y marchar con ella «a vivir lejos del tedio, al aire, al sol, fuera de las palabras que no quieren decir nada, con libertad, con responsabilidad, con amor, con deberes que sirven de algo, con leyes que no vengan de libros viejos pasando por boca de personas que no los entiendan, sino que nazcan en el fondo mismo de las conciencias.»

Mientras se alejan se les oye cantar:

Para tí da el mar sus perlas!  
Para tí da su lumbre el sol!

El notable escritor belga Mauricio Maeterlink, una de las figuras más prominentes de la literatura moderna, ha dicho que «el único crimen que no puede perdonarse es el que envenena las alegrías y destruye la sonrisa del niño». Con tales convicciones y poseedor de la llave del Palacio de la Belleza, ha abierto de par en par sus puertas para los pequeños con su cuento fantástico «El Pájaro Azul». Con las delicadas ingenuidades de un cuento para niños, el ilustre poeta sabe divertirlos, y hacer pensar a los grandes. En esta admirable pieza demuestra cómo la vida más humilde está llena de encantos para los que tienen abiertos los ojos para admirar las múltiples dichas de que estamos rodeados.

Ningún aguinaldo mejor para los niños Tytyl y Mytyl que el de inestimable valor que reciben por medio del sueño de la Noche Buena.

En esa noche en que los ricos son felices y muy

desgraciados los pobres, nuestros protagonistas asisten, sin moverse de sus camitas, a un viaje a través de mundos desconocidos para los humanos, en busca del simbólico «Pájaro Azul», el pájaro de la felicidad. Acompáñalos en su viaje la Luz, encarnada en una mujer blanca, vestida con un traje color de luna, tomado de los baules de Cenicienta; del Pan, que llevaba un traje turco que había pertenecido a Barba Azul, del Azúcar con dedos de confites, de la Gata, del Perro, y del Agua vestida con la túnica «color de tiempo» de Piel de Asno. Gracias a un diamante que el Hada Beryluna entrega a Tytyl, las cosas, como los animales y los elementos, adquieren la forma que hemos notado. El niño se viste en la ropería del hada con el traje de Pulgarcito y su hermanita con uno de Grethel y las zapatillas de Cenicienta. Se inicia la peregrinación con un viaje al país del Recuerdo para buscar en él al Pájaro Azul. Hay a la entrada del país una encina donde se lee: «País del Recuerdo». Los chicos se encuentran con sus abuelitos muertos. Qué hermoso símbolo! Los muertos se alegran cuando los visitamos en el país del Recuerdo! La abuelita dice: «Aquí siempre estamos esperando una visita de los que viven... Vienen tan rara vez! La última ocasión que vinisteis cuándo fué? Fué el día de Todos los Santos, cuando doblaba la campana de la iglesia. El día de Todos los Santos! No, dice Tytyl, no hemos salido ese día porque estábamos acatarrados. Pero si habeis pensado en nosotros, interrumpe la abuela; pues bien, cada vez que pensais en nosotros, nos despertamos y os volvemos a ver...»

El pájaro que encuentran en este país se torna negro: se dirigen, pues, a buscarlo al palacio de la Noche. La figura de una hermosa mujer cubierta de largas vestiduras se destaca entre la magnificencia de una sala austera, sepulcral, con apariencia de templo egipcio. La mujer, que no es otra que la noche, está acompañada por dos niños: el Sueño y la Muerte.

No poco trabajo les costó conseguir que les entregara las llaves del Palacio y una a una fueron abriendo las puertas de los diferentes departamentos. Fueron a la habitación de los espectros, a la de las enfermedades, muy «infelices ciertamente desde el descubrimiento de los microbios».

Abrieron también las puertas de las Guerras, de las Tinieblas, de los misterios y perfumes de la noche, de las estrellas, hasta que en un jardín de maravillosa belleza, encontraron gran cantidad de Pájaros Azules, pero al abandonar el palacio todos estaban muertos.

Después de viajar por la Selva y el Cementerio llegaron a los jardines de las Dichas. Moraban allí los Groseros Goces; entre ellos, el de ser propietario, el de la vanidad satisfecha, el de comer cuando no se tiene hambre y el de beber cuando no se tiene sed, gemelos estos y con las piernas en forma de macarrones. Observaron allí también las dichas de los niños: la del Aire Puro, casi transparente, la de amar a sus padres, la de un cielo azul, la de las horas de sol. La Dicha de las puestas de sol, más bella que las reinas del mundo, la de ver alzarse las estrellas, dorada como una deidad de otras épocas, y más bella que las anteriores, más clara entre todas, la dicha de los pensamientos inocentes. Con su andar majestuoso y la mirada acariciante se llegó a los niños la Dicha del Amor Materno. Pero después de tan felices momentos, advierten que el

Pájaro no está allí y se dirigen a buscarlo al reino del Porvenir. Encontrábanse allá los niños que aún no han nacido, preparando inventos y poseedores de maravillosos secretos que los hombres ignoran todavía. Conocieron por allá al Tiempo, un anciano despiadado, que era el encargado de embarcar a los niños cuya hora de partir a la tierra había ya sonado. Pero el Pájaro? En ninguna parte se encontró.

Pasado un año de viaje los niños se separan de sus compañeros.

Aparecen en el último cuadro Tytyl y Mytyl en sus camitas, como en la escena primera. Al despertar, delirán con los acontecimientos de la noche y les cuesta convencerse de que todo ha sido un ensueño, pero vuelven a la vida real más satisfechos y felices porque han aprendido que a pesar de su pobreza, tienen muchas riquezas que deben aprender a conocer.

La primera traducción española de esta admirable pieza fué hecha por don Roberto Brenes M. y editada por «Ariel» en 1912.

Adaptable a los niños es también la comedia «Cigarras y hormigas» de Santiago Rusiñol. Es una consoladora revelación del triunfo del ideal noble y elevado.

Por medio de su bien hilada comedia, Rusiñol demuestra cuán útiles son esos seres soñadores que apartados del bullicio del mundo, viven para sus grandes ideales. Alejados de las rudas materialidades estos hombres son los predestinados para gobernar el mundo y transformarlo. Son estos los que el poeta llama cigarras, los que viven cantando para arbolar las naves del porvenir.

Los otros, los que trabajan por acumular riquezas, los que no tienen tiempo para detenerse a escuchar la canción de las fuentes, o admirar las galas de una puesta de sol, los que van a la naturaleza sólo cuando la necesitan, son los que pertenecen al grupo de las hormigas.

Cuando las cigarras se mueren de hambre, las hormigas no las socorren, pero si es necesario implorar los favores de la Providencia para que en forma de lluvia les envíe su bendición, suben al monte de las cigarras, para que ellas, idólatras de lo bello, con sus almas engrandecidas en el silencio de la meditación y de la vida espiritual, intercedan por su felicidad.

En este momento de triunfo, ellos, miserables de dinero, pero grandes de corazón, enseñan que «en vez de granos hay que atesorar esperanzas para tenerlas en las horas de angustias, que hay que ser avaros de fe y no de oro, que el oro no calma la sed, que no debemos vivir de prosa, que la prosa sólo sirve para los días en que tenemos lluvia; pero se necesita la poesía para los días secos de la vida».

Es preciso hacer sentir a los niños, que además de los ejercicios necesarios para lo material de la vida, hay otros, muy nobles; que es necesario tener ideales y servirlos. No debemos permitir que las cigarras desaparezcan de la tierra!

Un sagrado deber nos exige hacer dichosos los seres encomendados a nuestro cuidado y el moderno teatro infantil, además de las ventajas apuntadas, da ocasión para hacerlo. Ésta ha sido mi intención al presentar los resúmenes que habéis oído.

Este teatro apenas existe en Costa Rica, pero puesto que es tan fácil ponerlo en práctica, no dudo que pronto será un hecho, lo que anhelo en bien la infancia y del magisterio nacional.

Angela Baldares

## MENS AGITAT MOLEM

Cuál es la fuerza que llevó el botón  
a abrirse en flor,  
la fresca flor a madurar en fruto  
y el fruto al polvo?

Cuál es la fuerza que cambió en crisálida  
la oculta larva,  
la crisálida en áurea mariposa,  
la mariposa en polvo?

Cuál es la fuerza que conduce al niño  
hacia el umbral del hombre,  
y al hombre adulto a la vejez de armíño  
y la vejez al polvo?

La bella flor, la mariposa de oro,  
el hombre mismo es sólo  
el vaso que contiene una divina  
emanación de vida.

La forma es tierra y se disuelve en polvo:  
el alma eterna que la agita es todo.

R. Brenes Mesén

1915.

## ACERCA DE DON QUIJOTE

Ya pasó el tiempo en que nos era dado leer a Don Quijote para morirnos de risa. Hoy, el célebre caballero ha perdido a nuestros ojos su encanto de héroe de entremés, para tornarse cada vez más en una realidad dolorosa y trascendental. Alonso Quijano el Bueno ya no es un personaje para divertir a los niños, sino un hombre que ha dejado de ser lo que era en apariencia, para convertirse en un símbolo sobre el cual deben caer las meditaciones del pensador.

No se ha escrito hasta ahora un libro que tenga el alcance del Quijote. No es sólo la caballería andante y el afán del ideal y el sueño encarnado en un hombre. Es algo más; es algo que va más lejos, algo que para ser entrevisto necesita los lentes del filósofo y el meditativo.

¿Os habéis burlado de Don Quijote de la Mancha cuando trueca las ventas por castillos; las manadas de carneros por ejércitos; las bacías de barbero por yelmos de Mambrino? ¿Os habéis reído a mandíbula batiente cuando el pobre caballero endereza su lanza y su caballo contra el molino de viento? ¿Cuándo en su sueño toman forma de princesas las groseras aldeanas?

Pues sabed que vuestra realidad no es más sólida que la del caballero andante. Vos también, quien quiera que seáis, ignaro o genio, esclavo o príncipe, váis por el mundo engañado, seducido por iguales fantasmas.

Carecemos de la certidumbre de nuestras realidades. La vida es una suerte de sonambulismo que a menudo nos defrauda, y si nos fuera dable despertar por un instante de nuestro sueño, veríamos ¡oh asombro! desvanecerse como a la voz de un ensalmo, todo ese mundo mágico de apariencias que nos rodea. Veríamos que las cosas no son entidades que viven con existencia propia, sino criaturas nacidas en nuestro pensamiento, sin más atributos que los que les ha querido prestar nuestra fantasía. Lo único verdadero es el alma huma-